



«Y tú ¿estudias o trabajas?» La pregunta ya está irremediabilmente inservible, obsoleta. Sólo algún «carroza» cuarentón oficiando de «Rodríguez» la desempolva, sacándola del baul de sus recuerdos, para dirigirse a alguna moza. Al hacerlo consigue comunicar, sin proponérselo, un doble mensaje: que pretende «ligar» y que es un «carroza». Es un patético ejemplo de cómo puede uno equivocarse de medio a medio al intentar una comunicación. De cómo un error en la forma puede traicionar la eficacia de un mensaje haciendo transparente precisamente lo que uno quería ocultar. Más aún que la barriguita delatora, más aún que las entradas en el pelo, más aún que el despiste sobre el «rock», el empleo desdichado de la pregunta obsoleta delata la edad que el «carroza» buscaligues pretendía ocultar.

Tedio, timo, tongo

Debate, nación, representación: tres cuestiones dudosas

Algo así les ha pasado a los partidos políticos españoles con el pretendidamente importante debate parlamentario sobre el «estado de la nación» de la pasada semana. Han conseguido aburrir cuando pretendían interesar, copiando la frase hecha imperial yanqui sobre «el estado de la nación» han revelado que quizá tengan un Estado con mayúscula pero que lo de la nación está dudoso. Fingiendo un debate han dejado al descubierto que no pueden ni quieren hacer un debate auténtico. Y pretendiendo prestigiar el sacerdocio de la representación parlamentaria del pueblo han revelado el truco, tongo, timo de la representación con delegación irresponsable no controlada.

Más pesados que una vaca en brazos. Aburridos, más que aburridos

El charlatán de feria sabe que se la juega si aburre. Su pan se lo gana interesando al público. Tiene que vender. Y para vender tiene que mantener prendidos de sus labios a un número suficiente de gentes junto a la camioneta donde vende mantas o ropas o porcelanas o plásticos. Porque sólo una fracción de los que le escuchan comprarán y para que esa fracción sea suficiente necesita mantener alrededor de una masa crítica de espectadores.

Substancialmente ese era también el propósito del debate parlamentario de la pasada semana. Había que vender la idea de que el Parlamento español funciona, de que sirve para

algo. Y, a sabiendas de que sólo comprarían la idea una fracción de los espectadores, era necesario encandilar a cuantos más mejor para que atendieran.

Por supuesto, ha sido un fracaso estrepitoso. Es seguro que sólo unos puñados de análisis políticos y de periodistas profesionales nos hemos visto obligados por razón de oficio a soportar la docena larga de horas de retransmisión televisada del debate en diferido. De forma reveladora, nadie ha publicado datos de encuesta para cuantificar la audiencia de las retransmisiones. Datos que es seguro que existen porque el Gobierno español, gastándose nuestros dineros, habrá hecho la encuesta. Y que, con muy buen acuerdo aunque

sea indecente, se guarda para sí. Porque nadie tira piedras contra el propio tejado cuando sabe que lo tiene de cristal.

Bastará con recordar una experiencia que, por relativamente reciente, está viva en la memoria de todos: la de la retransmisión en directo por radio y TVE del debate sobre la moción de censura en la primavera de 1980. Y comparar la atención y el interés de la población de entonces con los de la pasada semana.

Bien es verdad que el Gobierno ha relegado vergonzantemente la retransmisión a la segunda cadena y a diferido.

Pero el hecho evidente ha sido que han aburrido hasta a las ovejas. Que han estado más pesados que una vaca en brazos. Que incluso los que por razón del oficio estábamos obligados a escucharles nos hemos dormido a ratos. No hay empacho en reconocerlo. Confesarlo es ya hacer una valoración crítica del famoso debate.

Que el aburrimiento inducido por el debate ha sido la noticia más destacable del mismo es una evidencia. El vocablo «tedio» ha escalado multitud de titulares. «El País» titulaba «Después del tedio» su editorial del viernes 23 y decía que los «resultados del Pleno no estuvieron a la altura de la expectación provocada por su convocatoria». Que «el propio Gobierno es responsable del gigantesco equívoco que se ha producido sobre la naturaleza misma del Pleno». Que «la solemnidad sin causa del discurso del estado de la nación fue puesta todavía más de manifiesto por el escaso éxito obtenido por el presidente en su disertación». Que «todo esto sin que nadie se lo pidiera, sin que fuera necesario, útil o interesante para nadie». Para rematar diciendo: «Los españoles, agotados, aburridos y perplejos, habrán abierto después los periódicos —que para algunos vuelven a ser Prensa canallesca—a fin de enterarse del estado de la nación».

Lo más grotesco de este asunto del aburrimiento universal producido por el debate es que ha habido plumífero devoto del sistema que ha pretendido hacer de la necesidad virtud. Explicando que es bueno que hayan aburrido. Que las democracias fetén son aburridas. Que el Parlamento no es asunto que tenga que interesar a la masa, bruta ella,

Vestrynge, diputado de AP y secretario general del mismo partido, no desaprovecha ninguna oportunidad para hacerse notar



ignorante ella, incapaz ella de entender los sutiles matices de la cosa pública. Así el inefable señor don Antxon Sarasqueta que se ha puesto profesoral y solemne para afirmar que «otra cosa es que el tono y el obligado lenguaje parlamentario no sea un espectáculo de carácter teatral que divierta a la audiencia de radio y televisión» («El Correo Español» 22-9-83, pág. 30). O el aún más inefable don Antonio Papell que sentencía: «Y la conclusión de cuanto sucede en el Parlamento es positiva: la política empieza a aburrir saludablemente a los españoles» («Diario de Navarra», 22-9-83, pág. 13).

El timador al descubierto. Abrió él mismo el sobre y las estampitas eran recortes

Hay una explicación psicológica y lógica para la aparentemente contradictoria decisión de televisar el debate pero de mala manera, por la segunda y a deshoras. El presidente del Gobierno sabía que en el debate tendría que autodescubrirse como un timador electoral. Una parte importante de los famosos diez millones de votos se consiguió vía timo de la estampita. Se le ofre-

ció al lector un sobre lleno de estampitas (el cambio, los 800.000 puestos de trabajo, la modernización y transformación del Estado franquista, etc.). En la técnica del timo de la estampita es pieza básica que el timado abra el sobre y compruebe que en vez de billetes de banco hay recortes de periódicos cuando ya el «tonto-listo» timador se ha esfumado de su presencia.

El debate televisado obligaba a Felipe González, timador electoral del 28-O, a abrir él mismo el sobre ante los timados y enseñarles él mismo los recortes que fingieron ser «estampitas». Por eso procuró disminuir la audiencia vía UHF y a malas horas.

Lo increíble de estos días ha sido cómo la derecha española ha sido tan clara, tan explícita, tan rotunda en reconocer que un presidente del Gobierno y su Partido, nominalmente de izquierda están haciendo la política de la derecha, sirviendo los intereses de la derecha a costa de pisotear su programa electoral y las promesas a sus electores. Ciertamente que la derecha es siempre vanidosa, jactanciosa y pretenciosa y no le importa revelar sus mecanismos de poder siempre que al hacerlo de-

muestre que tiene la sartén por el mango y el mango también. Pero aún así, resulta asombrosa la desfachatez con que la derecha española presume de que Felipe González está al servicio de los intereses de la derecha. Es casi impúdica la delectación con que la derecha española jalea la conversión de Felipe, la forma en que los diez millones de votos por el cambio se han convertido en lumbre para las ollas de la derecha.

Oigamos, leamos cómo presume la derecha

La opusdeista Pilar Urbano ha explicado en este templo de la derecha reaccionaria que es «ABC» (pág. 21, 21-9-83) lo que piensa la oposición: «El socialismo está encarrilándose por una política económica dura y de mucha exigencia, que la derecha no podría hacer por falta de esa doble coartada que el PSOE tiene: un engranaje sindical disciplinado...»

«El PSOE en el Gobierno está haciendo la política sucia del capitalismo; la que UCD no pudo hacer, ni podría hacer Fraga».

El franquista-camaleón Emilic Romero que ahora oficia de comentarista en la prensa vaticanista ultra («Ya», «Gaceta del Norte») afirmaba del socialismo de Felipe González: «tenemos que decir 'que éste no es mi Juan, que me lo han cambiado'». Subrayando que Felipe González «defendió la bandera na-

cional con bastante más clamor que defendían la bandera roja sus antepasados», «defendió la unidad de España como elemento básico ante cualquier negociación que pueda referirse a la Constitución del Estado». Y refiriéndose al atroz y mendaz insulto que Felipe González hizo al hambre y la explotación que sufren los jornaleros andaluces: «En este asunto podría decirse que llegó con su valor al máximo, teniendo en cuenta su identidad de socialista». («Gaceta del Norte», 21-9-83, pág. 3).

El pro-yanki y pro-atlántico Augusto Assia, que blasona de experto en Parlamentos occidentales, enfatizaba así: «Figúrese usted, señor director que en otro cualquiera de los Parlamentos europeos, el jefe de Gobierno anunciara, como anunció don Felipe González, un cambio de 90 grados por lo que se refiere al giro de la política internacional. Figúrese que Mrs. Thatcher dijera que iba a renunciar a su objetivo del despido libre, como nuestro primer ministro anunció, de hecho, su adopción por el Gobierno español... ¿Qué hay que hacer para clarificar el acercamiento entre Gobierno y oposición, además de lo que hizo el primer ministro moviéndose, en cuanto a la política internacional, a la salarial, a la ideológica, y hasta a la del amor por los símbolos, hacia las posiciones que el profesor Fraga ha mantenido desde hace cinco o seis años con machacona constan-

cia». Y, bajo un ladillo en negrita que dice «En diez meses, Felipe González, socialdemócrata», Augusto Assia reprocha que «Los observadores y muchos de nuestros políticos más activos que lo que esperan es siempre la nota espectacular, no han acabado de comprender el fondo 'europeista' y 'socialdemócrata' que, a través de los diez meses de ejercicio gubernamental, se ha ido apoderando del ánimo de don Felipe González» («Ya», 22-9-83, pág. 5).

En fin. Don Ramón Pi, derechista de pro, se muestra lapidario: «Es la dirección de la política lo que importa, el rumbo, el objetivo. González aludió a esta cuestión general en un momento, en unos términos que daban la impresión de que teníamos delante a cualquiera menos a un socialista» («El Correo Español», 22-9-83, pág. 30).

A confesión de la parte, sobra la prueba

Pongamos la guinda en este pastel. Habla ahora un socialdemócrata del PSOE, catedrático con infulas teóricas en el desierto teórico del PSOE actual, miembro de la Comisión Ejecutiva anterior del PSOE con Felipe. Ignacio Sotelo. Que en «El País» del martes 20 glosaba por anticipado el debate explicando de forma educada y elíptica su desencanto ante la trayectoria de los líderes del PSOE: «En estos años de lucha y de aprendizaje la tarea ha sido ardua y los logros espléndidos. A su debido tiempo se tiró por la borda el marxismo, al caer en la cuenta que la utopía se había patricado en ideología. Quedaba ya tan sólo una idea vaga de la dignidad humana, un ímpetu ético que seguía cumpliendo la función de distinguir lo que es de lo que debiera ser. Mantener, sin embargo, esta diferencia con la responsabilidad del poder se hace cada vez más difícil. Muchas y muy variadas causas convergen en un mismo resultado: identificar lo establecido como la mejor respuesta posible en las condiciones dadas... Si de lo que se trata es de permanecer en el poder —cualquier otro objetivo hay que supeditarle a éste, pues la oposición se agota en intentar recuperarlo—, qué mejor consejo que el de los poderosos de siempre, libre de cualquier prurito de sutileza, reconociendo las cosas como son, una vez enterrada la ingenua creencia juve-



Según la teoría del portavoz oficial del PSOE, el Guerra del partido no es el mismo que el vicepresidente del Gobierno, y el secretario general del PSOE, Felipe González, es diferente al presidente del Gobierno español. Es como la teoría de la «Santísima Trinidad»

nil de que estaría al caer la breva de un mundo de justicia y libertad. Los difíciles problemas económicos, sociales, internacionales que tenemos planteados no se resuelven con filosofías, por lo menos no desde la perspectiva de los poderosos».

Excelente descripción de la evolución de los que han dado el timo de la estampita a diez millones de votantes. Por cierto, señor Sotelo ¿sigue Vd. formando parte del PSOE?

La torpeza de un tongo anunciado

Ya es triste que los espectadores de un combate fuertemente publicitado griten con ardor ¡Tongo! ¡Tongo! ¡Tongo! Lo curioso es que el tongo del debate haya sido un tongo anunciado. Pedro Rodríguez, otro comentarista fascista reciclado en y para la sedicente democracia española, lo anunció por adelantado. En el núm. 72 de «Tiempo» (pág. 8), impreso antes de comenzar el debate, escribía: «Habrà tongo. Un moderado y elegante tongo». Para revelar, líneas más abajo, el secreto a voces de la monarquía parlamentaria española: «Los debates no están en el Congreso».

Antonio Papell, el que opina que es sano que la política aburra a los españoles, se hizo eco en su columna de que «Tamames, entrevistado anteayer por una emisora de radio, declaraba sus sospechas de que el debate pudiera estar pactado entre los dos grandes contendientes, al menos en lo económico» («Diario de Navarra», 22-9-83, pág. 13).

Gregorio Morán ha ido más lejos. En vez de Tongo habla de Estafa: «Me temo que acabamos de asistir a una estafa considerable en nombre del 'espíritu de cabre', esta nueva especie de presión política, que está obligando a antinaturales acuerdos del arco constitucional en cuanto que el 'estamento de estamentos' se enfada y murmura». («Deia», 24-9-83, pág. 3). Claro está que al devoto felipista don Pedro Altares le «Parece excesivo además de falso, dejar caer la especie de tongo en el debate» («Diario de Navarra» 24-9-83, pág. 15). Don Pedro, don Pedro, se le ha ido la mano en las albardas. Si es falso le sobra a usted lo de excesivo. Se ve que usted de verdad cree en el tongo pero le parece excesivo que se diga. Hay que escribir con

más cuidado, don Pedro, que peligra el pesebre.

El PSOE redescubre la teoría política de Franco: a Felipe sólo le controlan Dios y la Historia

España es diferente, que Fraga dijo cuando era ministro de Franco. Por eso Felipe, que todavía algunos llaman socialista, es como Franco. A él no le controlan más que Dios y la Historia.

Porque el Gobierno de Felipe no es el Gobierno del PSOE sino de Felipe. Y no está controlado por el PSOE ni tiene que hacer lo que diga el PSOE. Nos lo ha explicado muy bien explicado Pedro Bofill, portavoz oficial del PSOE («Interviú» núm. 384, pags. 8 y 9): «El partido no tiene por qué intervenir en las cuestiones propias de gobierno y hay una separación clara entre lo que es la organización política y los órganos de gobierno». Ya estamos con la cosa esa de la Santísima Trinidad, una sola esencia pero diferentes personas: o sea que el Guerra vicepresidente del Gobierno es distinto del vicesecretario general del PSOE y «hay separación clara» entre el Guerra «órgano del partido» y el Guerra «órgano de Gobierno. La tercera persona de la Trinidad es eso del Guerra— bien del Estado.

Y sigue Bofill: «Las relaciones entre el Gobierno y el Partido son buenas. Hay temas que son estrictamente de gobierno y hay temas de gobierno que están en relación a la propuesta que el partido ha hecho a la sociedad española, temas sobre los cuales el partido hace un seguimiento para ver si se cumplen o no». Los que se creyeron que votaban al PSOE para que formara un Gobierno que cumpliera el programa que les ofrecía el PSOE pueden estar tranquilos. El PSOE va a ver si el Gobierno cumple o no cumple. Sólo a ver. Ahí es nada lo que son los de la Ejecutiva mirando. Porque Bofill explica que no es que el Gobierno tenga que facilitar el desarrollo de la política del PSOE. No. El dice: «Tenemos una clara conciencia de que el partido debe facilitar el desarrollo de la política gubernamental». Porque detrás del Gobierno lo que hay es «nada menos que España». Como Franco, tú. Como Franco. Por eso a Felipe sólo le controla Dios. Y la Historia. Y el Ejército. Y los yanquis. Como a Franco.



Suárez y Calvo Sotelo, los anteriores presidentes del Gobierno español, es posible que no vean mucha diferencia entre su política y la aplicada por un presidente que se dice socialista